

AÑO XXI.—NÚM. 5949

1.º DE ABRIL DE 1881.

REDACCION, MAYOR 21.

## EL ECO DE CARTAGENA.

Viernes 1.º de Abril de 1881.

## ECOS DE MADRID.

31 de Marzo de 1881.

Es muy cómodo tener hijos pequeños confiados al cuidado de servidoras fieles. Primero la nodriza, luego la niñera, más tarde la institutriz extranjera, por último el colegio. De este modo se ve a los angelitos cuando están limpios y de buen humor, se les hace una caricia, se encarga mucho a los domésticos que los cuiden y cumplidos estos deberes pueden los padres hacer visitas, ir a los saraos y los teatros, en una palabra ver el lado risueño de la paternidad.

Pero estas ventajas suelen tener inconvenientes: estos goces traen de cuando en cuando disgustos como el que ha experimentado una de estas tardes una distinguida familia de Madrid.

Vamos al cuento.

Parecian dos flores de Mayo, dos niñas que con la niñera fueron a pasear al Prado. Allí pasaron un rato divertidas y entre tanto la que cuidaba de ellas, conversaba alegremente con sus amigas. Tienen tantas cosas importantes que decirse las domésticas, tienen tanto que murmurar de sus amos, tanto que bromear acerca de sus amos que no es extraño que se les vaya el santo al cielo.

No fué el santo quien se le fué a la niñera en cuestion, sino una de las dos niñas que buscaba, la más pequeña por cierto, que apenas contaba cuatro años.

Búscala aquí, búscala allá, pregunta a este, interrogacion al otro y nada. La pobre niñera iba encendiéndose por momentos y llegó a parecer una loca.

Entre tanto la pequeñuela jugando se había ido hasta cerca de la Puerta de Alcalá, es decir unos doscientos metros y por fortuna la vio y la recogió un guardia municipal.

La veaba con bastantes curiosos y la niña afligida y llorosa avanzaba con temor como quien sabe que ha cometido una falta y teme el castigo.

—Los padres, los padres, son los que tienen la culpa de que esto su ceda, decía muy enfadado un buen señor, cuando acertó a pasar una anciana bien portada y llena de curiosidad preguntó que era aquello.

—Una niña que se ha perdido, le respondieron.

—Dios mío! exclamó la anciana... pues, si es mi nieta. Ven pobrecita, ven... ven hija mía, añadió abriendo los brazos y queriendo abrazarla.

—Es esta señora tu abuela? la preguntó el guardia.

—No... no... balbuceó la niña, que en el estado de conmoción en que se hallaba ni veía siquiera, porque en efecto era la nietecita de aquella señora.

—Como que no... dijo la anciana... no me conoces.

—No...

—Ya lo vé V. señora dijo el guardia.

—Por fuerza es una ladrona de niños dijo uno.

—Si eso es, añadió otro, como la vé bien vestida quiere llevársela para aligerarla de ropa.

—Llévese V. presa, guardia.

—Fuera... fuera la intrusa! gritaron todos.

Las protestas de la anciana eran inútiles.

—Vengan VV. conmigo y se vencerán, decía.

Emprendieron todos el camino que indicó y a poco encontraron a la mamá de la niña que después de comerse a besos a la pobrecita y de llorar y de defender a la anciana corrió a su casa casi desfallecida.

Allí encontró a su otra hija y a la niñera a quien fué preciso sangrar en el acto.

Ya ven los lectores cuanto cuesta a veces la tranquilidad que ofrece, el confiar los hijos a buenas pero distraídos criados.

Debajo de los escombros de la tapia de un tejat extramuros de Madrid, fué hallada una mujer muerta. Se creyó al pronto en una desgracia y ha resultado un crimen rodeado del mayor misterio.

La víctima era una vendedora ambulante, ya de edad, sin enemigos con dos hijos que la querian mucho, uno casado y otra soltera que vivia con ella. Un militar novio de esta, le entregó 200 reales para que le hiciera unas compras y en el mismo día ocurrió su muerte.

—Seria para robarla! dirá el lector.

Los diez duros no han parecido en efecto; pero dos cartas que recibió la hija anunciando la primera que iba a morir su madre y la segunda que ya había muerto, sin más firma que un tosco dibujo figurando un puñal y una navaja complian la cuestion.

La justicia averigua: esperemos.

El certamen abierto por el propietario de la «Ilustracion Española y Americana» para premiar tres dibujos con destino al número que se propone dedicar a rendir homenaje a Calderon no ha dado el resultado que se esperaba. Solo el primero y segundo accésit han podido adjudicarse 600 y 400 pesetas respectivamente. Las 1.500 del primer premio se han repartido entre cuatro dibu-

jos que merecieron del jurado mencion honorífica.

Pero, no por eso es menos digna de aplauso la generosidad del Sr. don Abelardo de Carlos que se ha desprendido de 10,000 reales en pró de los artistas y que ha demostrado al mismo tiempo un vivísimo interés por la gloria del arte español.

Campoamor es el hombre de la dicha. Verdad es que hoy pocos que lo merezcan como él. Puede decirse que forman sus horizontes una eterna sonrisa. En el hogar, en la sociedad, en todas partes no ve más que cariño, admiracion; la inspiracion que se enamoró de él cuando era joven y guapo sigue adorándole porque es guapo aunque empieza a ser viejo. La nieve de sus cabellos no ha apagado el fuego de su alma, y sin embargo, cuando escribe mezcla al almibar de sus palabras una amargura de pensamientos que no tiene derecho a emplear.

Su último poema leído el sábado último entre frenéticos aplausos, los «Buenos y los sabios» es una prueba de lo que digo. El espíritu es sombra, el sentimiento luz: de este juego óptico resulta una belleza imponderable... el alma goza...! pero queda algo amargo.

—Pero es verdad lo que V. dice? le preguntaba uno.

—Yo solo lo sé de oílas, dicen que respondió.

Y vean Vdes. lo que es la inspiracion, hasta los males parecen buenos cuando él los pinta.

A propósito de pintura. Se ha establecido en las afueras de Madrid una fábrica de metal líquido como materia colorante que va a facilitar hasta a los pobres de buen gusto, el medio de decorar sus moradas por muy poco dinero.

Es tan brillante el color que el despacho central de la fábrica establecido en la calle del Arenal tiene todo el aspecto de un salón ricamente exornado con raso, gró, terciopelo, molduras de oro, estatuas de plata y bronce y sin embargo, el gró y el raso son papel y percalina, el oro madera, la plata y el bronce barro y yeso.

Tiene esta nueva industria importantes aplicaciones.

—Excelente idea, decía uno la noche de la inauguracion: sumergiendo la percalina en un baño de metal líquido podemos convertirla en gró, moiré ó terciopelo. Los altos empleados están de enhorabuena... a pesar del descuento pueden con vertir a sus mugeres en princesas y sus moradas en palacios.

La noche de la inauguracion la sociedad anónima que ha establecido la industria dignamente representada por su director D. Bernar-

dino Jover, pudo hacer creer a los periodistas y a las personas distinguidas a quienes invitó que estaban en un palacio encantado. Si algo había allí real y positivo además de la amabilidad del director y de los accionistas, era el succulento jamon, los sabrosos empanados y los exquisitos vinos que se sirvieron con profusion.

Anoche se estrenó con buen éxito en la Zarzuela una obra de magia titulada «El rosal de la belleza.» Hay quien dice que era más bonito que el ramo de flores que ofrecia la escena el que formaban algunas espectadoras.

Estamos en pleno diluvio... particular: es decir llevamos cuarenta y ocho horas de lluvia.

—Y sigue el tiempo cubierto, decía uno:

Pues es un tiempo muy mal educado.

JULIO NOMBELA.

## CRONICA.

La revista musical, que todos los miércoles vé la luz pública en Madrid, titulada *La Crónica de la Música*, que hemos recibido en nuestra redaccion, contiene excelentes artículos dando cuenta del movimiento artístico ocurrido en Europa, y a más reparte, cuatro páginas de buena música, consistente en el *Idilio*, obra 166, de C. G. D. Pathe, y otras cuatro de una magnífica polka obra 4 de Arnold Wertheim.

Mecheros de gas.—La competencia entre la luz eléctrica y el alumbrado con gas, motivada por las esperanzas concebidas entre los procedimientos de Jablockoff de que aquella podría en breve tener ventajosa aplicacion en gran número de casos, ha dado origen a una multitud de disposiciones más ó menos ingeniosas de mecheros, para mejorar las condiciones de combustion del gas, a fin de producir la mayor intensidad luminosa.

En general, el objeto de estos mecheros es quemar en un solo foco, en una llama ó varias reunidas, un volumen de gas de 800, 1.000, 1.500 y hasta 2.000 litros por hora cantidad gaseosa de importancia, teniendo presente que los mecheros usuales consumen 125, 140, 225 litros; con ello se consigue una intensidad de 8, 16 y 20 lamparas Carcel mientras que la de los mecheros ordinarios suele ser de 2. Entre los diversos tipos de mecheros podemos citar los de Caza, Mallot, Girond, Marin, Gauthier, Wigham, Scha-k, Melver y otros varios, además de los Sagg, dispuestos en dos ó tres circunferencias.